

# Por los caminos de La Mancha

Miguel de Aguilar Merlo





El 16 de junio de 1610 hace su testamento la mujer de Cervantes —Catalina de Salazar y Vozmediano—, transmitiendo todos sus bienes a su hermano sacerdote Francisco de Palacios, y dejando para su esposo, Miguel de Cervantes, prácticamente nada más que **“la cama en que yo muriere, con la ropa que tuviere”**. Mal uso podía hacer de la cama de la celosa esposa, el escritor y tramundos Miguel de Cervantes, a sus 63 años —¡de entonces!— aunque todavía, por aquellos tiempos, seguía triunfando olímpicamente Lope de Vega, con sus comedias de enredos, de celos, de viejos burlados, comedias donde el principal protagonista es el amor y la cama —cosa rara— como en todos los tiempos, desde Lope hasta Perpignan.

No vamos a referirnos a la vida y obra tan conocida del autor del Quijote, sino a esbozar cómo intentó reconstruir económicamente —en su oficio de alcahalero o cobrador real— una vida matrimonial que se hundía debido a su pobreza y tener que buscar sus dineros fuera del hogar. Las tasas, contribuciones, la burocracia, **son términos imbricados y criticados a través de todos los tiempos**, aunque también hayan producido mucho bien. Para afamados economistas **“el costo de la tasa se aproxima mucho, en conjunto, al costo de eludirla”**. Cuando va subiendo la contribución de una manera ruinosa para el país, solamente queda el emigrar a otra nación que tenga menos contribuciones. Vamos a ver, pues, a Miguel de Cervantes convertido en un cobrador de tasas, alcahalero de un Imperio, buscador empedernido de dinero, por ejemplo, para construir naves, forjar hachas para cortar árboles, que en forma de pesadas fragatas serán sepultadas en el piélago amargo del Canal de la Mancha. El hombre Miguel de Cervantes, cansado del polvo de todos los caminos, encenagados sus sueños de gloria entre las ventas castellanas de la Mancha, ve arruinado su esfuerzo, inútiles sus luchas contra los gigantes encantadores, en aquel homónimo de la Mancha inglesa, en el que se diluye el oro de sus tasas y contribuciones.

Hay que situarse en el tiempo de Cervantes y en su circunstancia heroica imperial. En un momento en que todo el pueblo sano español, gobernantes e hidalgos, campesinos y marineros, se sienten martillo de Trento, desfacedores de entuertos, sin querer trabajar en las industrias consideradas serviles, apagándose las ferias como la famosa de Medina del Campo; siendo España sólo un camino por donde penetraba el oro de las Indias, para ir a parar a los mercados de Francia e Italia, esconden los españoles sus miserias y sus hambres, con el único señuelo de una hipotética gloria, ya sea descubridora o conquistadora.

Cervantes tuvo que enfrentarse con este falso mundo de triunfalismo y convertirse, precisamente él, un antiguo héroe de Lepanto, por sus necesidades económicas, en el prototipo del bucrócrata en su más despiadada faceta, en recaudador de dinero para un Estado abstracto, sosteniendo con su materialidad a lo Sancho toda una tramoya idealista de la época, y tenía que ser él, Quijote en Lepanto, Quijote en Argel, Quijote por siempre, quien aparentara ser un Sancho, discutiendo gabe-

las y dineros, llevándose en contra suya todos los malos modos y todas las violencias, enemistades y envidias que tales situaciones económicas comportaban. Locura era tener que materializar la empresa más opuesta a su espíritu. Cualquiera de nosotros, en nuestra vida o profesión, corporativamente, en cartas privadas o públicas, nos hemos tenido que expresar en forma opuesta a nuestra manera de ser, como verdaderos actos de **“locura”** que causan revuelo a los de siempre, creyendo verdad lo que expresamos y creyendo que vamos a hacer lo que aseguramos. Ya Ortega y Gasset afirmaban que el escribir y el hablar es pura caricatura, o por lo menos, un esconder nuestros pensamientos más íntimos, aunque luego vengan los psicoanalistas a desbrozar el arcano de **la obra literaria o artística**. Cuando todos esos elementos disciplinados de la clásica burocracia ya habían amartillado con temor su tremendo desfiladero de las Termópilas, para que no pasasen los locos soñadores, resulta que el autor sólo había escrito una irónica fogata, única que entienden los cuerdos, que reaccionan con sus **reflejos condicionados siempre iguales**. Y así, para frenar unas supuestas aspiraciones locas —pero realmente frías y preconcebidas— se pone en marcha tumultuosamente la maquinaria calenturienta y emotiva de los sensatos y de los cuerdos, de los flemáticos bachilleres y falsos hidalgos, para cerrar el paso a los locos idealistas estilo el Hombre de la Mancha, que no tiene nada de loco.

Retrocedamos a 1584, cuando Cervantes tenía 37 años y una hija ilegítima —Isabel— nacida en los tratos amorosos con una dama portuguesa. Es su época de mayor triunfo, en pleno éxito se representan en Madrid, entre otras **Los Tratos de Argel y La Numancia**, publicándose **Los seis libros de la Galatea**, cuya protagonista, suponen los críticos, es su novia Catalina, con la que se casa a finales de aquel año. Catalina de Palacios es una mujer de rica hacienda, vecina de Esquivias (Toledo), que vivía con sus padres y un hermano cura, ninguno de los cuales aprobaba la boda, considerando a Cervantes más que como héroe en Lepanto, Italia, Argel y Portugal, como triunfador de la farsa y puro saltimbanqui de comedia de enredos. Y así, como un nuevo y esforzado Gaiferos en el Retablo de Maese Pedro, tuvo que arrancar la libertad de Melisendra de manos de los moros y encantadores que la tenían prisionera, destrozando todo aquel guñol, de burdo retablo. Pero conseguido su propósito, forzado el encierro de la castellana de Esquivias, tuvo que volver a su oficio teatral, a Madrid, quedando su recién desposada, otra vez en manos de sus encantadores, que administraban sus bienes.

Pero la Literatura pocas veces ha dado para comer, y para poder vivir y mantener con decoro su hogar —o por lo menos ser el que pague, y no el que reciba— empieza el calvario de Cervantes, en comisión de cobranzas reales hacia Sevilla, solo, dejando otra vez a Melisendra, encerrada en Esquivias. **“Grande es la miseria de los poetas”**, dirá en **El Coloquio de los Perros** y en **Persiles y Segismunda** leeremos **“hay muchos poetas, luego hay muchos pobres”**.



Precisamente a los cuarenta años de edad, insistimos, cuarenta años de edad de aquellos tiempos, al borde de la ancianidad según el término medio de vida del siglo XVI, Cervantes tiene que dejar la pluma, sin que sus muchos méritos heroicos le proporcionen ninguna plaza rentable que le permita seguir siendo escritor, y hasta le niegan la emigración al esperanzador México, donde podría rehacer su hogar, sin encantadores y administradores de sus bienes, y proseguir con sus sueños literarios de poeta, y entra, por el contrario, en la profesión de burócrata recaudador de impuestos, de alcablero, vaciándose todo su espíritu y como dirá **"y de mí mismo salgo"**. Cual Alonso Quijano el Bueno, tuvo que salir por la puerta falsa de su hacienda, olvidando su historia y su destino, olvidando su fama de escritor de comedias, dejando su Galatea-Melisendra, y a hurtadillas, enrolado entre yangüeses y venteros, recorriendo de Madrid a Andalucía, de ésta a Valladolid, atravesando los pueblos de la Mancha, siempre pensando, quizá, en el amor imposible y último, el de su vejez, el de la esposa, encerrada en Esquivias, que le dejaría en testamento, tan sólo, una cama. Mucho se ha escrito sobre las relaciones matrimoniales de Cervantes y Catalina, y los más de los críticos suponen que eran malas; pero si nos atenemos a los psicoanalistas y a Marañón, quienes dicen que incluso para don Juan, el último amor, el de la vejez, es el verdadero, pensamos que la peregrinación de Cervantes por los caminos de la Mancha, fue una peregrinación de un romántico pobre, pensando que no tenía verdadera mujer a su lado, y tan alejada estaba de él la gloria de escritor, como el calor de la esposa, teniendo tan sólo ocasionales encuentros con zafias Maritornes de venta que le pondrían mala cara a sus bigotes blancos. Y él sublimaría esa Gloria y ese Amor, imposibles, en Dulcinea, siempre distante, encerrada estilo

moro. Pensemos que cuando parte de su hogar todavía tiene que dictar Felipe II una ley en 1586, en que se manda **"que ninguna mujer, de cualquier estado, calidad y condición que sea, pueda ir tapado el rostro en manera alguno, sino llevándolo descubierto..."** Y si esto se veía en Madrid, capital de las imperiales Españas, qué sería en Esquivias, su Catalina, al lado de su hermano el sacerdote. Damas enlutadas salen en todas sus obras con obsesiva frecuencia, tapado el rostro, bajo los tejados de las casas castellanas o en los caminos llenos de polvo de Sierra Morena. Si ese amor, lejano y separado, existió o no, lo ignoramos, pero en 1615, el mismo año en que aparece la 2a. parte del Quijote, teniendo sesenta y ocho años de edad, cinco años después de ser desheredado por su mujer, con sólo una cama por recuerdo, obsesionado por sus mejores años perdidos con la Hacienda Pública y las contribuciones, dirá en **El Juez de los Divorcios** por boca de la protagonista Mariana, que debe quedar libre de alcabala, como gavián. Y también, pensando en su pobreza y en los bienes de su esposa, cavila: **"Si me muriese ahora, no os dejaría el valor de un maravedí, porque veais el amor que os tengo"**, para añadir: **"en los reynos y las repúblicas bien ordenadas, había de ser limitado el tiempo del matrimonio, y de tres en tres años se**

**habían de deshacer o confirmarse, de nuevo, como cosas de arrendamiento"**. Quijote, lanza en ristre, arremetiendo para liberar a Melisendras y Princesas Micomiconas, al final se encuentra caído en el suelo, sin dientes, no valiendo más que un maravedí o una cama.

Viajero sin fin y sin ventura, siempre solo, por mesones y caminos, siempre viendo malas caras en mujeres zafias que miran sus cabellos blancos y su brazo manco, por un país inculto, pobre, esquilmado por las guerras continuas en Europa, Africa y América, este hombre idealista, ya en el comienzo de la ancianidad, pero joven de corazón, no consigue ser poeta, **mas nos lega el documento de su vida, el mejor relato de viajes, su alma entera, la mejor novela en español, del mejor prosista de todos los tiempos**, hecha por un funcionario dedicado a sacar trigo de donde escaseaba, extraer aceite de una alcuza que nunca lo tuvo, esquilmar ovejas de lana nunca vista, cocer pan de la harina de los curas y frailes, lo que le supone, ya al principio de su profesión de alcablero, la excomunión en Ecija, tardando años en conseguir la absolución a fuerza de recomendaciones y de dar indebidas explicaciones.

Durante ocho días, en abril de este año 1973, hice **"la ruta de don Quijote"**, por magníficas autopistas, hacia Ciudad Real, Campo de Criptana, Tomelloso, la serranía de Cuenca y Sierra Morena. Almorcé en la Venta de Don Quijote de Puerto Lápice, llena de turistas extranjeros, con esbeltas suecas y francesas, en lugar de tigresas Maritornes, y entre comidas y bocadillos de queso manchego, apuraban las cubas de vino que se ofrecían gratuitas, hasta liquidarlas. Nadé en las aguas heladas de las Lagunas de Ruidera y desde el embarcadero del Hotel Entrelagos contemplé la hermosa Mancha feliz de ahora —donde tan difícil es encontrar ya **españoles**—, antaño tan inclemente para Cervantes. En

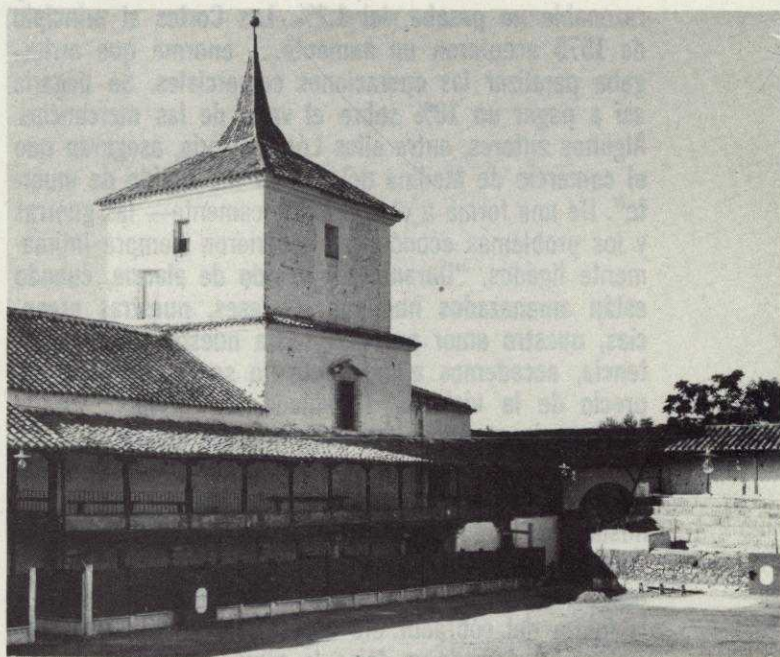
El Toboso, la casa de Dulcinea era otro hervidero de voces extrañas y altisonantes. En Argamasilla de Alba, el Delegado de Juventudes, Felipe López González, estuvo yendo de la Ceca a la Meca para buscarme las llaves de la que se cree fuera la primera cárcel de Cervantes en España. Mientras tanto comprobé, a la sombra de la Iglesia, cómo un precioso coche último modelo Seat 1430, verde como la pradera del Guadiana, era bendecido por el párroco, salpicándolo con agua bendita, quizá para ahuyentar malos espíritus de estos años 1973, tan lejanos, pero tan iguales al siglo XVI. Y si esto es ahora, en Argamasilla de Alba, no me extrañaría que le dieran también con el hisopo al bueno de don Miguel para reformarle de sus malos pasos en la cárcel, donde el triste alcablero, preso por cuestiones de burocracia hacendística, empezaría a escribir las aventuras de un viejo manchego de unos 50 años, saliendo de la prisión con el comienzo del manuscrito donde no se resume tristeza ni resentimiento, sino irónica amargura de un alma noble que parte de un lugar de la Mancha, de donde no quiere acordarse (¿Argamasilla?) hacia Puerto Lápice y El Toboso, por los campos de Montiel, lleno de aire de serranía, ríos y lagunas, convertido en un hidalgo de apellido no seguro: **Quijada, Quesada, Quejana**.



Cervantes solo, por los caminos de la Mancha, pensando, que ha dejado a su Dulcinea, aislada, encerrada, en Esquivias. Rodando de mesón en mesón, quizá añorando amores y abrazos cálidos, rechazado por su edad. En todas sus obras, el viejo es un loco o un engañado, desdentado, con mal olor de boca, que sólo es soportable si tiene dinero. Así escribe, **"vale más un genovés quebrado, que cuatro poetas enteros"**, (El vizcaíno fingido). En **El Juez de los Divorcios** la protagonista se llama Aldonza. En **El Viejo Celoso** se denomina Lorenza. En **El Quijote**, la gloria, su Dulcinea, es Aldonza Lorenzo. Y las tres, con nombres similares, huyen del viejo soñador, que siente por ellas **"celos del sol que las mira, del aire que las toca, de las faldas que las vapulean"**. El viejo —con corazón joven— incomprendido por las mujeres, tiene celos de quienes le desprecian. **"Es un malo, es un bruto, es un viejo: no hay más que decir"**, sentencia en **El Viejo Celoso**.

Locura, infinita locura, era la del Hombre de la Mancha, cuando se le escapaban —como lágrimas de su alma— sus antiguas proezas de Lepanto, Argel y Portugal, tras tomar algún vaso de más en la venta. Esos vinos tan bien descritos por él, vinos de una y dos orejas, tintos y blancos, en toneles y pellejos, vinos del Santo que hacen olvidar con su dulzura, claretes de Cinco Casas. Y allí, quizá alguna vez casi borracho, despreciado por las mujeres y desatendido por los hombres, todos le mirarían como loco, un loco alcahalero, soñando en ser un Hernán Cortés. Había que contentarse, pues, con el eterno silencio, aconsejar a Sancho ser parco en comer y beber para no soltar sus penas, codearse con yanguéses y venteros, buhoneros y barberos, ovejas y zagales, trigos y molinos, bachilleres y curas, en interminables discusiones con la gramática parda refranera de los campesinos para conseguir el dinero necesario para organizar memorables hechos épicos. No hablar al pueblo, sino escucharlo. Un pueblo humilde, lleno de proverbios, que solamente concibe la heroicidad, la grandeza, como pura entelequia, como una abstracción fuera de él, pueblo religioso, lleno de fe en lo que no puede tocar —antítesis de Santo Tomás—, pero implacable, mordaz y sin perdón para los que están a su lado, para los que beben su mismo vino y comen su mismo pan, para su compañero de trabajo, a quien no pueden perdonar que se suba un sólo palmo de más sobre ellos, y menos, en un mesón aislado del camino, soportándole **"faroles"** de grandezas.

A Cervantes le gustaría contar sus aventuras de militar y de cautivo, como hombre de teatro, de farándula y comparsas, y aunque no lo desease, su brazo manco era punto para incitar a preguntar cómo había ocurrido semejante desgracia. Y entonces, si alguna vez sentía la debilidad de desahogarse, sufriría la implacable y mordaz inconsideración de mercaderes y villanos. Y locura ya sería, al cabo de las jornadas interminables, volver a caer en el mismo error, y ya no diría la verdad, sino que forjaría como Scherazade, en unas nuevas mil y una noches, bajo las estrellas despiadadas de su viaje sin retorno, sus luchas irónicas con un encantador descomunal que le había desbaratado medio cuerpo. Y





el pueblo sencillo, reiría complacido, porque se había bajado a su altura, y ya le comprendía. Y el Hombre de la Mancha, el gran disimulador, era también, a su manera, un gran encantador maléfico, que adquiriría mil formas como un pájaro de fuego, herido en lo que más estimaba, en su historia y sus proezas. Por eso nos dirá, **"yo sé quién soy"**, aunque todos me ignoren. O como diría el otro quijotesco Miguel —el vasco Unamuno— **"la historia lo llena todo; vivimos esclavos del tiempo"**. Lo que arrastra nuestra espalda, nos marca, con letras de fuego, y no nos lo podemos quitar de encima y ya sólo queda la falsa locura del disimulo genial del Hombre de la Mancha incomprendido.

**"Los impuestos tienden —según Parkinson— a aumentar de acuerdo con la ley que rige su crecimiento, haciéndose más intensos hasta que se alcanza un punto en que la Sociedad se derrumba bajo su peso"**. Refiriéndose concretamente al caso de España afirma que **"Felipe II fue el fundador de la moderna burocracia, aunque no pueda decirse que su sistema fiscal fuera el hecho más significativo de su reinado. Sus dos principales impuestos indirectos fueron la alcabala y los "millones"; consistentes, el primero, en un impuesto sobre las compras, del 10%, y el último en un impuesto sobre el aceite, vino y vinagre"**. Por otra parte en un libro editado por la Cámara Oficial de Comercio e Industria de Valladolid en 1971, del escritor Henri Papeyre, sobre el hombre de negocios Simón Ruiz y las famosas ferias de Medina del Campo del siglo XVI, se afirma: **"las alcabalas eran un impuesto sobre las ventas... muy razonable no pasaba del 1.2%. Las Cortes al principio de 1575 aceptaron un aumento... enorme que arriesgaba paralizar las operaciones comerciales. Se llegaría así a pagar un 10% sobre el valor de las mercancías. Algunos autores, entre ellos López Osorio, aseguran que el comercio de Medina del Campo fue herido de muerte"**. De una forma u otra —históricamente— las guerras y los problemas económicos estuvieron siempre íntimamente ligados. **"Durante un estado de alarma, cuando están amenazados nuestros intereses, nuestras creencias, nuestro amor propio y hasta nuestra propia existencia, accedemos a pagar cuanto se nos pida, como precio de la victoria. Terminada la guerra... existía la creencia que los impuestos debían reducirse... de nuevo"**. (Parkinson). La verdad sea dicha, que en cuestiones en que no están de acuerdo ni los propios economistas, los impuestos nunca se reducen y sí tienden a aumentar hasta que la Sociedad se derrumba bajo su peso. Y los impuestos los debía de cobrar Cervantes, y la figura del cobrador era odiada. Nuestro Quijote-Sancho se ve forzado a dejar la pluma, a salirse de **"sí mismo"**, a marginarse de su vida y de su ser, a quedar vacío, mientras cobra las dichas alcabalas. El loco fingido del Hombre de la Mancha, no es un loco normal. Don Quijote no es agresivo aunque luce, no grita sino aconseja, no asesina —antes bien levanta torneos caballerescos—, ni está roto, desquiciado, escindido, esquizofrénico, sino razona y da consejos paternales a Sancho, llenos de cordura incluso cuando roza su llaga de los libros de caballería; no se suicida como loco,

sino muere en la cama, transmitiendo su gloria a su escudero. El loco fingido del Hombre de la Mancha —el mismísimo Cervantes— cree, cual Protágoras, que el hombre es la medida de todas las cosas, que todas tienen remedio, excepto la muerte; que cada uno es hijo de sus obras, es la mismísima cordura, en un canto a lo que Fredo Arias de la Canal diría el dinamismo cervantino, luego transmitido al dinamismo orteguiano del yo y mi circunstancia.

Miguel de Cervantes, envejecido, desdentado, produce una obra, de un seco y anciano hidalgo incomprendido —(Quijano-Cervantes-Quijote)—, el Hombre de la Mancha de la Triste Figura, de retorno de todos los caminos y de todas las ingratitudes, viendo la inutilidad de su vida de héroe desprendido y generoso, que nadie recuerda ni agradece, encarnando al mismo tiempo dos personalidades opuestas: la de un quijotesco Hombre de la Mancha que recorría la meseta ardiente, y, al mismo tiempo, la de un sanchopancesco burócrata recaudador de contribuciones —oficio honrado como cualquiera, pero, estamos seguros, odiado por el poeta—, que consideraría la **"alcabala"** —palabra árabe— como el gran encantador que destrozaba su vida, semejante a como el árabe Cide Hamete Benengeli arrojaba al viejo Quijote desde las aspas del molino de sus sueños. Para nosotros, lo mismo la figura Quijote-Quijano que la de Sancho-Alcabala, están inspiradas en la ambivalencia que tuvo que sufrir Cervantes, el de los amargos destinos. Nadie tiene siempre la misma personalidad, y ninguno se comporta lo mismo siempre. Como Mister Hyde y el doctor Jekyll, tan pronto se asoma en una persona el ángel, como el demonio, nuestro afán de amor y de muerte, Eros y Tánatos, en eterna lucha, y según la reciedumbre de cada cual, con mayor o menor patetismo, pero con genialidad tan sólo en quién la posea. Cervantes era Quijote en Lepanto, el Caballero de la Triste Figura en Argel, Alonso Quijano el Bueno en sus sueños y sus llantos, para convertirse en Sancho-alcaballero, para sacar con mil y un trucos —propios de la Insula Barataria— los dineros de las faltriqueras. Esta manera sanchopancista de entenderse con el mísero pueblo español, tuvo que amarla Cervantes —viéndose retratado— mientras esquilma los villorrios por los que pasaba, cual un enorme Sancho Panzudo, que sólo pensaba en el pan y en comer, sin aspiraciones de ninguna clase, o, por lo menos, olvidadas sus verdaderas aspiraciones y sus ansias de gloria en los mentideros de Madrid, el Rastro de su Valladolid, los arenales de Sevilla... De cárcel en cárcel, Argamasilla de Alba, Ecija, Castro del Río, Sevilla... es un continuo calvario. Se supone que cuando salió en 1602 (a sus 55 años de edad, casi como su personaje) de su último encarcamiento de Sevilla, tiene prácticamente terminada la primera parte del Quijote. Marcha a Valladolid y allí consigue en 1604 el privilegio de impresión de la inmortal obra. Ya pronto se editará.

Vemos una realidad vivida, malvivida por su pobreza y sus desdichas, y Cervantes, el muchachito de Valladolid que diría Zúmel (pasaría allí diez de los mejores años de su infancia, al trasladarse sus padres desde



Alcalá de Henares a la antigua capital de España), el excomulgado de Ecija, razona que se comportaba como un falso héroe, luchando ciegamente contra el gran encantador árabe de la alcabala, y que nadie, por mucha historia que tenga a su espalda, vale más que lo que valiese en su hora presente, sólo es uno y su circunstancia orteguiana —¿verdad, Fredo Arias?— y sólo valdrá lo que sus compañeros y los de su alrededor quieren valorarle, y si se manifiesta en sentido digno, es hacer vana literatura, provocadora de risas y vapuleos espirituales, y todos le llamarán loco y psíquicamente saldrá manteado, agredido en su cuerpo y en su alma, sin comprender los demás que la dignidad es inherente a la persona y no a la profesión y circunstancia.

No tenía Miguel de Cervantes necesidad de inspirarse en ningún loco conocido, como el Greco, porque él mismo se consideraba marginado, alienado de su medio ambiente, y su personaje famoso era él, figura contrahecha y anciana, huído de la pluma que tanto amaba, de sus libros, siempre envuelto en burlas, soeces risotadas del pueblo, sinrazones, griterío de auditorio sin palabras, para ahogar la palabra. Pobre Sancho-Cervantes-Quijano, soñando en los camastros de las ventas, llenos de piojos, su sueño de héroe-poeta, de niño ilusión, mientras la realidad le golpeaba con la envidia, los celos, las mentiras; teniendo siempre que defenderse, sintiéndose acorralado, Caballero en el Rocinante de la verdad maltratada, siempre arrojado de su cabalgadura. El Estado, cual un voraz Saturno, se lleva el dinero por él recaudado, y a cambio le ofrecen excomuniones y cárceles, mucho peores que los manteos irónicos de Sancho. Es un Caballero Andante, con todas sus aventuras terminadas mal, con sus dientes por el suelo, que nunca escarmienta de los gigantescos encantadores, que a sus espaldas desfiguran sus intenciones. Por todos los caminos terriblemente solo, y para no estarlo, para poder hablar con alguien confiadamente, ser escuchado sin engaño, literariamente se desdobló y encontró el paciente auditorio de Sancho, su eterna compañía, recogedor de sus sueños, con quien podía dialogar, hablar y ser escuchado sin que le trastocaran

sus pensamientos, porque no había más locura en Cervantes que la locura de los caminos de cabras de su Mancha inmensa, porque todos dirían que estaba haciendo literatura loca y verdaderas locuras para engordar al inglés, para mantener un Imperio que se hundía, y para evitar que toda su historia posterior de héroe militar y todo su destino futuro de escritor, explotasen, se inventa un interlocutor; quiere verdaderamente dignificarse, hacerse comprender, que para ambos —para todos— la dignidad está dentro de nosotros mismos y no hay oficio, ni profesión, ni nobleza, que lleve la dignidad en sí misma, porque la nobleza no está en los papeles, sino en las personas y el buen Sancho aprendió también a soñar, porque si Cervantes no se vacía en Sancho, se hubiera vuelto loco, le hubiera vuelto loco el gran encantador —que ciertamente existía— el gran encantador de la burocracia y la alcabala, siempre haciéndole dar con sus huesos en la cárcel por infundados motivos de faltas de dineros, y su única defensa, sus pruebas, eran sólo la honradez, pobre ejecutoria ante bachilleres, leguleyos y tribunales. Por eso es un gran mérito que salieran fiadores de su excarcelación cuatro hombres de bien de Ecija: Fernán López de Torres, Francisco de Orduña, Juan de Bocache y Hernando de Aguilar Quijada, pagando **“como buenos fiadores, el alcance que resultaba contra Miguel de Cervantes”**. Cuatro generosos hidalgos que fueron, sin lugar a dudas, los cuatro primeros cervantistas del mundo, y, quizá, responsables de que Cervantes, en lugar de permanecer en la cárcel, se transformara en el Caballero Quijada-Quesada-Quejana.

Y así, mientras vivía en Valladolid, cerca de su famoso Rastro, en 1605, a sus 58 años de edad, achacoso, desdentado, acabado como hombre, partía hacia Madrid porque allí aparecería en ese año la Primera Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, un falso loco, de casi su misma edad. Así, como por pura casualidad, cuando salía el flaco alcabaletero por las puertas de Valladolid, nacía traspasando las puertas de la gloria, desde una imprenta madrileña, el viejo Hombre de la Mancha en pos de Dulcinea.





Edmundo Bergler

# LA REBELION DEL HOMBRE MADURO

**"Mi esposa no me comprende: ¿Podrá hacerlo usted?"**

La prolongada lamentación de los rebeldes de edad madura, comienza y concluye siempre con la fórmula trillada de: "Mi esposa no me comprende". Nunca expresa ninguno de ellos, en forma directa, si creen que sus esposas son la malicia personificada o que ellos mismos se han transformado en personajes demasiado complicados para que puedan entenderlos sus sencillas esposas. No obstante, la implicación es clara: están firmemente convencidos de que sus esposas son una mezcla de malicia y estupidez.

La búsqueda de la mujer comprensiva, como señalamos antes, tiene poca o ninguna relación con el hecho de ser incomprendido; sin embargo, puesto que la fórmula cubre una excusa casi universal, es conveniente estudiar el fondo psicológico de las mujeres comprensivas que los rebeldes de edad madura buscan con tanta ansiedad y encuentran invariablemente.

En el curso de los años, he descubierto que ese tipo supuestamente universal y uniforme existe sólo en la imaginación del rebelde, que lo necesita como coartada interna. Esos rebeldes, fáciles de satisfacer, han clasificado como comprensivas a un conjunto asombroso de mujeres, todas diferentes. Dedicamos este capítulo a algunos de los miembros más destacados de ese club imaginario.

**SEÑORITA COLECTORA DE INJUSTICIAS.** La forma más sencilla de lograr decepcionarse es esperando demasiado o ponerse en una situación en la que las esperanzas serán defraudadas por necesidad. Si una mujer razonable de cerca o poco más de treinta años se liga a un hombre de cuarenta y cinco años o más, que ha estado casado durante dos o tres décadas, y si espera un anillo de bodas muy pronto —no después de una juerga alcohólica, sino como consecuencia de la complicada rutina del divorcio legal y el casamiento, iniciado todo ello por un hombre sin esperanza—, es seguro que sufrirá una dolorosa decepción. La esposa, a pesar de ser seguramente de mayor edad, menos atractiva y todavía menos elástica mentalmente, tendrá la ventaja. Hay muy pocos alicientes para desafiar esta regla general. Se desafía —y desafiar es la palabra apropiada, puesto que, por lo común, puede decirse que el exceso de candidez no es una explicación aceptable para los actos de una mujer de cerca de treinta años de edad o un poco más—, pues las esperanzas conscientes de la mujer no modifican el hecho de que está buscando inconscientemente un sufrimiento prolongado. Las justificaciones, las excusas y las declaraciones llenas de esperanza o autosatisfacción, aunque se hagan de buena fe, carecen de significado. Sólo el patrón inconsciente de placer en el sufrimiento, puede explicar por qué se expone una mujer a encontrarse en una situación en la que la derrota es una conclusión predecible en el noventa por ciento de los casos.

Esas mujeres jóvenes presentan algo más que un simple indicio del patrón de placer en el sufrimiento. Los análisis repetidos confirman su presencia.





—Ya no puedo soportarlo más —exclamó una atractiva joven de unos veintiocho años de edad—. Estoy a punto de sufrir una depresión nerviosa.

Esas fueron las observaciones con las que inició su primera entrevista conmigo.

—¿Qué es lo que no puede seguir soportando?

—No qué... a quién. A mi amigo. Es mucho mayor que yo. Me prometió que nos casaríamos, y ahora me encuentro dando vueltas, esperando y confiando, mientras él sigue buscando constantemente nuevos obstáculos para obtener el divorcio.

—¿Cuánto mayor que usted es su amigo, y durante cuánto tiempo ha estado casado?

—Es veinte años mayor que yo y ha estado casado todos esos años o más.

—¿Desde cuándo mantiene usted esas relaciones con él?

—Desde hace tres años.

—¿Por qué supuso usted, desde el primer momento, que le estaba hablando con seriedad?

—Le dije que estaba actuando en serio.

—Esa no es una gran seguridad. Fue usted quien se lo dijo a él.

—En el lugar de donde procedo, una promesa es una promesa.

—¿Y cómo sabe usted que su amigo se basa en la misma premisa?

—Me imaginé, simplemente, que utilizábamos ambos las mismas reglas de juego.

—¿Qué le hizo pensar eso?

La joven se esforzó breve e inútilmente en encontrar una respuesta.

—En otras palabras —proseguí—, no tiene bases para una suposición semejante.

—Soy una persona sincera y no me es propio sospechar que todo el mundo pueda mentirme.

—No se trata necesariamente de una mentira. Es igualmente posible que se trate de una inhibición neurótica.

—Prefiero eso. En ese caso, por lo menos, no será un truhán.

—En lo que se refiere a usted, el resultado es el mismo. A condición, claro es, de que rehúse aceptar un tratamiento siquiátrico.

—Está convencido de que soy yo quien necesita un tratamiento.

—¿Qué fue lo que hizo... en opinión de su amigo?

—Dice que le amargo la vida porque no permanezco tranquila y calmada durante todas esas fases preliminares del divorcio, como él las llama.

—Esa fraseología resulta peculiar. ¿Es abogado?

—Sí. Se trata de preliminares de nada. Me habla de ciertas conversaciones y yo...

—...ni siquiera está segura de que haya osado hablar de ello con su esposa. ¿Es eso lo que quiere decir?

Las lágrimas fueron la única respuesta.

—¿Por qué sigue usted confiando en una proposición tan dudosa, como la denominaría su amigo abogado... aunque en algún otro caso?

—El amor no se rige por el razonamiento. Supongo

que lo sabe.

—Eso me han dicho. A propósito, ¿es esta la primera vez que se encuentra en su vida en un callejón sin salida?

—¿Quiere usted decir emocionalmente o en alguna otra forma?

—Emocionalmente.

—Pues... estuve enamorada dos veces; pero no salió nada de ello.

—¿Se trataba en ambos casos de hombres casados y sin esperanzas?

—Esta vez dije que iba a jugar en serio o no lo haría en absoluto.

—Supongo que usted misma pensará, a veces, que resulta sospechoso que sus tres relaciones amorosas hayan concluido mal.

—He leído libros de psiquiatría. De acuerdo con usted, es muy sospechoso.

—¿Y cuál es su opinión al respecto?

—Mala suerte. Eso es todo.

—¿Mala suerte en la banda transportadora?

Como respuesta, sus ojos se llenaron todavía más de lágrimas.

—¿Conoce usted detalles del matrimonio de su amigo?

—Su esposa lo trata como un perro y él lo tolera.

—¿Por qué?

—Dios sabrá por qué. Simplemente, se lo tolera. Yo soy la mujer que lo comprende. Eso es lo que me dice siempre. ¡Sin embargo, no hace nada para liberarse de su odiosa esposa! ¡Es algo que no entiendo!

—¿Y está dispuesto su amigo a financiarle su análisis?

—El dinero no le preocupa. Se lo puede permitir.

—Sin embargo, no comprende qué significa verdaderamente un análisis. Parece pensar que se trata de una especie de sedante que la mantendrá tranquila, dejando la situación como está.

—Eso es precisamente lo que cree —confesó la mujer—. Y es por eso que no deseo someterme al análisis; pero me obligó a venir a verlo a usted.

—No me hago responsable de sus ilusiones. El análisis, si tuviera éxito, serviría probablemente para resolver su problema su apego crónico a hombres inalcanzables. Por ende, no sería honesto pedirle que le pagara su tratamiento.

—¿No cree usted que es él quien debería ser tratado?

—Por supuesto. Evidentemente, **no puede vivir con su esposa, ni sin ella.**

—Eso es lo que le he dicho; pero está convencido de que soy yo la causa de todo y que, por lo tanto, necesito urgentemente un tratamiento.

—Muy cómodo. ¿Por qué no vino, acompañándola?

—Tiene un temor tremendo a la psiquiatría... para él mismo; pero está a favor de ella, si el paciente soy yo.

—Eso quiere decir que no se puede hacer nada por él. ¿Por qué no hace usted misma algo para tratar de curarse su propia neurosis?

—Tengo cierta cantidad de dinero propio —admitió—. ▶



Podría costearme el tratamiento.

—Pero no quiere, ¿verdad?

—¿Por qué dice eso?

—Tengo la impresión de que aún no ha abandonado la ilusión de ser capaz todavía de liberar a su amigo de su apego, evidentemente neurótico e imposible de solucionar, hacia su esposa. Asimismo, tengo la impresión de que **posee usted una dosis excesiva de tendencias a dañarse usted misma**. ¿No se pasa usted los meses y los años destrozándose a sí misma por las injusticias que le hacen? ¿Una injusticia autoprovocada, cuando escogió hallarse en una situación imposible, permaneciendo en ella durante tanto tiempo? Es muy probable que pase los próximos años exactamente en la misma situación.

Se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas y todo concluyó con la promesa, no solicitada, de que iba a pensar en ello. Como podía esperarse, no volví a tener noticias suyas y dudo mucho que haya consultado a algún otro psicoanalista.

\*  
\* \*

Otra joven fue a verme, quejándose amargamente de la indecisión neurótica de su novio.

—¿De dónde sacó usted su terminología?

—Estuve casada con un médico. Me divorcié de él hace unas cuantas años.

—¿Por qué?

—Era un neurótico imposible, lleno de indecisiones, dudas y obsesiones.

—¿Le estaba enseñando la terminología psiquiátrica o estudiaba usted misma la literatura psiquiátrica para tratar de entender sus dificultades?

—Todo fue idea mía. Mi esposo odiaba todo lo que estuviera, sólo fuera remotamente, relacionado con la psiquiatría.

—Eso es muy comprensible, tomando en consideración su neurosis. Sin embargo, veo que aprendió usted por medio de una experiencia amarga lo que es realmente una indecisión neurótica.

—Naturalmente que sí.

—Y ahora se encuentra usted metida en otro caso de indecisión neurótica, ¿no es así?

—¿Quiere decir que eso no hubiera debido ocurrirme? Bueno, los dos hombres parecían ser tan distintos uno del otro, que me engañé. Supongo que se le hará difícil creerme; pero mi novio actúa como un modelo de precisión y determinación, con una excepción. **Siempre que sale a relucir la cuestión del divorcio de su esposa, me recuerda a mi primer marido.**

—¿Qué edad tiene su novio y desde cuándo está casado?

—Tiene cuarenta y seis años y está casado desde hace veintidós.

—¿Por qué dice usted que es su novio? ¿Es una realidad o una fantasía consoladora?

—Sé muy bien que es algo demasiado prematuro. El sonido de la palabra me consuela.

—¿Qué probabilidades tiene de convertirse verdaderamente en su prometida?

—Quiero que se someta a un análisis. Es la única solución.

—¿Y no quiere hacerlo?

—Hasta ahora, se ha opuesto a la idea y...

—¿Y le sugiere que sea usted la que se someta al tratamiento?

Evitó darme una respuesta y volvió a un terreno más seguro.

—Es un hombre evidentemente enfermo —repitió.

—¿Por qué se liga usted a ese tipo de hombre, por segunda vez en su vida?

—¿Cree usted verdaderamente que tengo algo que anda mal? —inquirió, mirándose, llena de sorpresa.

—Antes de responder a esa pregunta, es preciso que me dé ciertos informes. ¿Qué tiene la esposa de su amigo para mantenerlo unido a ella?

—Los convencionalismos y su apego anormal.

—¿En qué se basa?

—Su esposa se aprovecha de su indecisión. Se queja constantemente de la frialdad de ella y, sin embargo, no se decide a dejarla.

—No obstante, ¿no cree que resulta todavía más patológico que persista en seguir unida a un neurótico que, evidentemente, no puede cambiar?

—¿Por qué no puede cambiar? —preguntó—. Me ha dicho que soy la única persona que lo comprende verdaderamente.

—Es un autoengaño consolador, que influye, incluso —o especialmente—, en usted. Sólo usted lo comprende. Muy bien. **¿Qué hizo como consecuencia de ese hecho? Nada. ¿Qué está usted esperando?**

—Sé que soy una tonta; pero lo amo, a pesar de que me hace sufrir intensamente.

—Es posible que deba darle la vuelta a la frase: **Sufro intensamente, luego lo amo.**

—Sea como sea, no lo puedo evitar.

—¿Cuántos años más se propone desperdiciar con esa relación sin esperanzas?

—Volveré a verlo algún día —me prometió.

Ese día no llegó nunca.

\*  
\* \*

La indignación más sincera se pintaba en el bello rostro de una mujer joven que se me presentó casi como candidata al suicidio.

—¿Quién y qué, en su opinión, la está orillando al suicidio? —le pregunté.

—Mis lazos amorosos sin esperanzas. El hombre es mucho mayor y está casado. ¿Comprende lo que quiero decir? Lo hago feliz; pero todo lo que obtengo a cambio es sufrimiento.

—¿Por qué sigue usted con él?

—Sé que debería romper; pero no puedo decidirme a ponerle fin, aunque me paso todo el tiempo en estado de furia y rebelión. O bien, lloro sin descanso. Estoy al final de todo y ya no puedo seguir aguantándolo.

—¿Es más desesperada esta situación que sus de-



cepciones anteriores?

Tomada por sorpresa, la joven abrió la boca para relatarle la historia indudablemente triste de su vida previa; pero lo pensó mejor y no le respondió.

—Comprendo. ¿No sospecha de usted misma? Cuando una persona se encuentra constantemente en situaciones decepcionantes, la mala suerte es una explicación que no convence.

—¿Cómo se me puede culpar a mí por las actitudes de esos hombres imposibles? Yo no hice el mundo. Simplemente, tengo que vivir en él.

—Pero puede vivir con más o menos sufrimiento mental. ¿Por qué escoge siempre el sufrimiento?

—El sufrimiento me escoge a mí. No soy yo quien lo prefiero.

—Es culpa suya, al no evitar —o, más bien, al sentirse mágicamente atraída por hombres inalcanzables o imposibles. ¿Quiere usted darme algunos detalles? Servirán para demostrarle que tengo razón.

—Pasémoslos por alto. El hecho es que he llegado al límite de mis fuerzas.

—Eso es muy improbable. No me da la impresión de haber terminado su búsqueda y explotación de las situaciones que conducen al sufrimiento mental. Necesita tratamiento; tiene ciertas probabilidades de éxito, a condición de que comprenda que es usted menos la víctima que el ingeniero inconsciente que prepara sus propias dificultades.

Siguió una larga lista de acusaciones contra el hombre que la estaba tratando injustamente. La mujer no tenía idea de que no puede haber un flujo constante de infelicidad en ninguna relación, sin la cooperación voluntaria de dos personas: la que la soporta y la que la causa. Por su relato, resultaba evidente que su amigo recibía de ella únicamente felicidad y comprensión y, no obstante, no hacía ningún esfuerzo para liberarse de su esposa.

—Lo que me desespera es lo injusto que es todo ello. Yo soy la que doy y ella le descarga patadas; sin embargo, ella gana y yo pierdo.

—¿Por qué no reflexiona usted en la situación y se libera de un decepcionante interludio?

—No va a ser un interludio. Estoy cansada de ir de una infelicidad a otra. Ya no puedo sentirme optimista y pensar que el siguiente interludio será feliz.

—¿Por qué vino usted a verme? ¿Sólo para informarme de eso?

—Creí que podría darme algún consejo...

—¿Sobre cómo hacer que su amigo se divorcie de su mujer para casarse con usted? Ningún consejo puede lograr eso. Evidentemente, se trata de un rebelde de edad madura, que la está utilizando para sus propios fines neuróticos. Asimismo, es obvio que no piensa seriamente en divorciarse de su esposa; no desea someterse a un análisis y cambiar quizá su apego neurótico a su esposa. Esto sólo le deja a usted una solución razonable: sométase a un tratamiento y descubra por qué se concentra exclusivamente en hombres que la hacen sufrir. Si el tratamiento tiene éxito, la situación cambiará.

—¿Y cuál es la solución irrazonable?

—Siga con su sufrimiento autoprovocado... hasta el infinito. Si estuviera verdaderamente al final de sus fuerzas, como pretende, aprovecharía la oportunidad que tiene de recibir tratamiento.

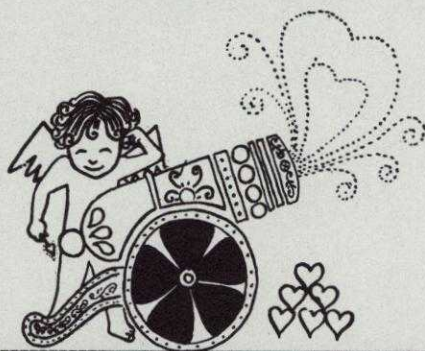
—Todavía espero...

—Comprendo. Vuelva a verme dentro de unos cuantos años.

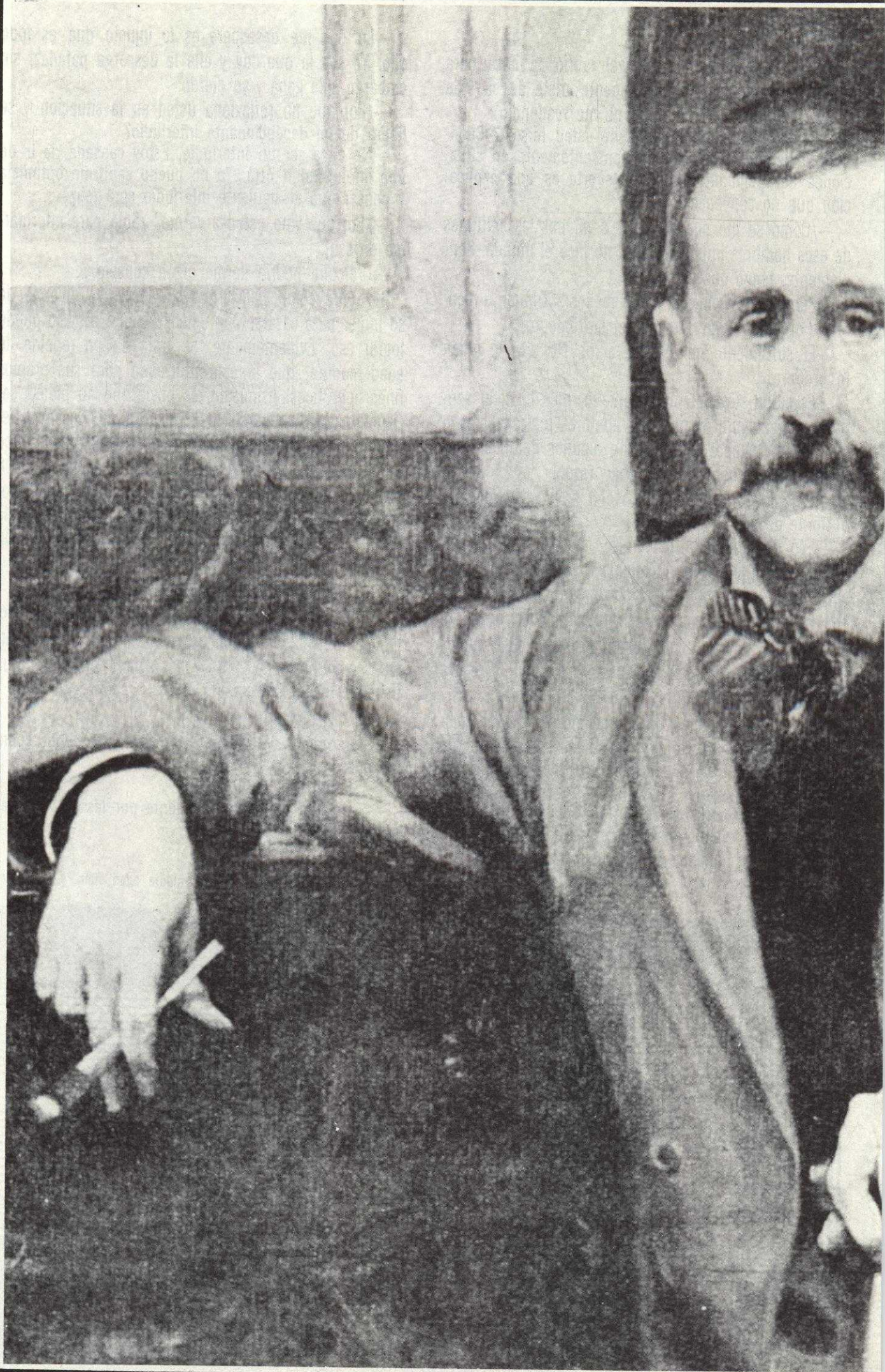
—¡Si siga viva!

—Vivirá. Su apetito inconsciente por las autotorturas se encargará de ello.

Traducido de *The revolt of the middle aged man*. Grosset and Dunlap, Inc., Nueva York, 1957.









# GALDOS Y PEREDA

Víctor Maicas

Rastrear en los libros es una función de asepsia intelectual. Ella nos libera de la intoxicación que produce el ambiente al que en muchas partes del mundo se encuentra sometido el hombre de hoy. El panorama en que nos movemos en verdad que no es muy alentador. Pequeñas guerras, odio entre pueblos, intolerancia política o religiosa, plaga de hambre que afecta a millares de seres humanos en distintos lugares del mundo; en fin, un mundo inquieto, turbulento, que no inspira grandes esperanzas.

Por eso considero reconfortante bucear en los libros que hablan de aquellos hombres que, con sus obras, dejaron huella de su paso por la vida. Así, pues, estimo oportuno referirme a la excelente escritora doña Carmen Bravo-Villasante que en su libro: **Galdos visto por sí mismo**, traza sustanciosas páginas en las que refleja la vida de un hombre que, como es sabido, marcó un hito trascendental en el campo de las letras hispánicas. Pero aun siendo —como realmente es— importante, magistral, la obra realizada por don Benito Pérez Galdós, también su condición humana es digna de respeto y admiración. Porque en los tiempos azarosos en que se desenvolviera su ciclo vital, poseyó Galdós la suficiente finura de espíritu para comportarse comprensivo y tolerante con aquellos que, ideológicamente, estaban instalados en campos opuestos al suyo.

Conforta comprobar tal posición, ya que uno de sus más íntimos amigos fuera don José Ma. de Pereda, eximio escritor y reconocido ultraderechista. Sin embargo, ello no empece para que entre ambos ilustres escritores se establezca una cordial corriente de amistad que, aunque sufre altibajos, ha de perdurar noble y sin fisuras a lo largo de sus vidas.

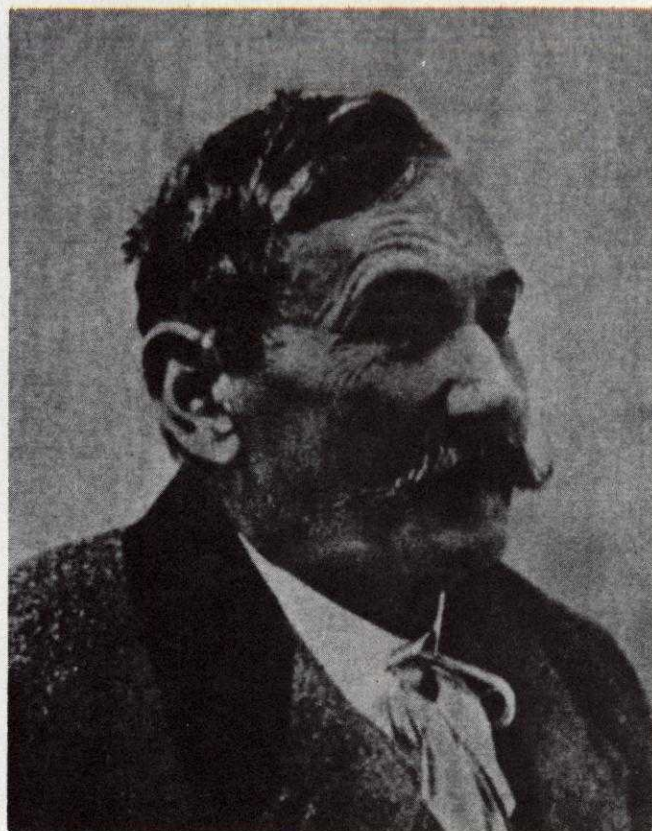




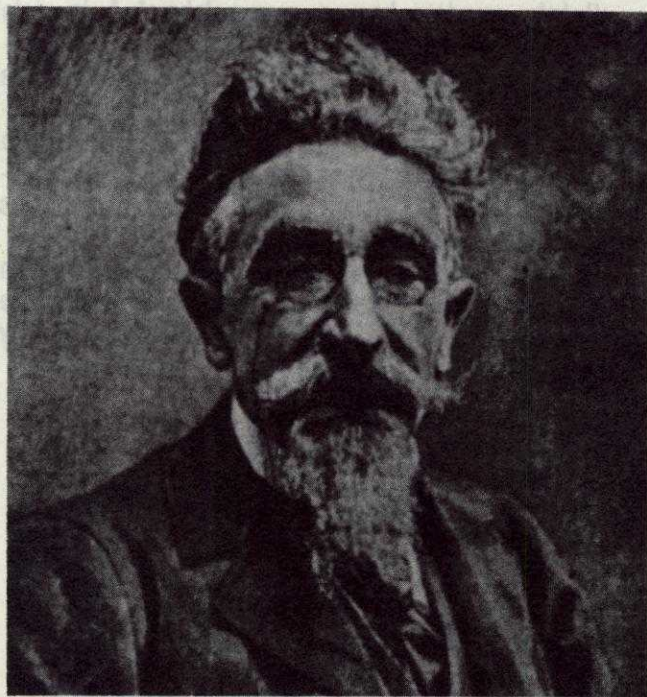
En efecto, sus discrepancias tanto en lo político como en lo religioso, no habrán de empañar la mutua admiración que ambos se profesan. Y es que en Galdós existe el sentido innato de la tolerancia. Pereda, quizá sea más impenitente en sus ideas, pero también sabrá mantener estrechos los lazos de amistad que le unen a Galdós. En ello hace hincapié aquel gran español que fue don Gregorio Marañón, quien en su libro: **Tiempo viejo y tiempo nuevo**, resalta la actitud que frente a la diversidad de ideas sustentan hombres como Galdós, Pereda y Menéndez Pelayo. Marañón escribe: "Pereda era de un derechismo declarado, absolutista y riguroso. Odiaba el movimiento liberal de su siglo. No recuerdo ahora si estaba públicamente inscrito en el partido carlista, pero desde luego profesaba sus ideas. Y en cuanto a Menéndez Pelayo, en aquellos años mantenía con impetuosa violencia su gesto tradicionalista y antiliberal. Tamañas diferencias ideológicas no perturbaban jamás, repito, la relación de los tres grandes hombres".

A una distancia de años resulta alentador advertir con que alteza de miras se comportaban aquellas insignes figuras de la intelectualidad española. Ahora bien, concretándose estrictamente a Galdós y Pereda, estimo de interés destacar cuán leales y sinceros eran los sentimientos de amistad que existían entre los dos novelistas.

Carmen Bravo-Villasante, en su libro anteriormente citado, nos da conocimiento de la correspondencia que intercambiaron Galdós y Pereda. En sus cartas se revela nítido el temperamento de cada uno de ellos. Galdós aconseja a su amigo, le alienta a que "no deje de imprimir los **Esbozos** y los **Trashumantes** y hágalo en Santander y pronto, muy pronto".







Le acucia para que rápidamente de a conocer al público los frutos de su ingenio.

Por su parte, Galdós ha publicado su novela: **Gloria**, que, por cierto, ha merecido la repulsa de Pereda. Este, en su misiva, entre otras cosas, dice: "**Gloria** le ha metido de patitas en el charco de la novela volteriana... Desgracia es para las letras patrias esa caída".

¿Cuál será la reacción de Galdós? Dirige a Pereda extensa carta en la que analiza la postura adoptada por su amigo y rebate sus argumentos con elegancia y serenidad. He aquí fragmentos de tan interesante misiva: "Vamos con **Gloria**. Cuánto siento que no le haya gustado a usted este parto de mi ingenio" "La verdad es que me sorprendió su juicio por lo despiadado, causándome bastante pena" "Nunca creí hacer una obra antirreligiosa, ni aún anticatólica, pero menos volteriana".

A la sugerencia que le hace Pereda de que el escritor debe satisfacer con el fruto de sus obras a tirios y troyanos, Galdós, valerosamente, replica: "Amigo mío, el siglo este en que hemos tenido la desgracia de nacer, nos impone la obligación de ser o tirios o troyanos. No hay más remedio".

Así, pues, vemos cómo Galdós no enmascara su pensamiento y lo expresa de manera rotunda a su compañero en letras. Naturalmente que le duele la opinión sustentada por Pereda y, aunque le merece respeto, la considera equivocada. Dice: "Yo abomino la imposición católica y adoro la libertad de cultos". ¡Y esto se lo escribe a un católico recalcitrante como lo es Pereda! Líneas más adelante, Galdós continúa: "Concluyo diciendo con toda sinceridad que daría cuanto tengo, es decir, mis 20 tomos (que no es tampoco muchísimo dar) por



verle a usted libre de las garras neocatólicas que le tienen preso”.

Su disparidad de opiniones no enfriarán en absoluto sus relaciones de buena amistad. Su epistolario seguirá sin que se produzcan lagunas de tiempo. Se comunican sus proyectos, dan cuenta asimismo de la marcha de sus trabajos. Ciertamente que discrepan sobre determinados asuntos; en especial, aquellos que se refieren a temas religiosos. Sin embargo, Galdós, a pesar de los palmetazos que Pereda acostumbra propinarle en sus cartas, haciendo caso omiso de ello, noblemente escribe: “En fin, querido amigo, una de las satisfacciones de mi vida es que a pesar de mi anticatolicismo y de mi rebeldía, no me retire usted su amistad, lo cual me prueba su benevolencia y verdadero espíritu cristiano. No disputemos más y dejemos estas cuestiones ácidas y fastidiosas que a nada conducen”.

La correspondencia, parte de ella inédita, que la exquisita escritora doña Carmen Bravo-Villasante ha sacado a la luz es digna de que se le conceda máxima atención. Porque en ella se pone de relieve el clima de tolerancia y comprensión que animaba a ambos ilustres autores.

Galdós nunca olvidará a Pereda. Tan es así que en sus **Memorias** dedica al ausente un cariñoso recuerdo: “Del 72, el primer año que yo visité la capital cantábrica, data mi entrañable amistad con el insigne escritor montañés; amistad que permaneció inalterable, fraternal, hasta que acabaron los días del glorioso autor de **Sotileza** y **Peñas arriba**. Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías...”

¡Cuánta grandeza hay en esas palabras! A la vista de tales ejemplos, uno piensa que el mundo que vivieron hombres de tanto valer como Galdós y Pereda, ha de inspirarnos un lógico sentimiento de nostalgia. Nostalgia de un mundo perdido, nostalgia de un sentido de la vida donde, entonces, todavía la convivencia humana y la tolerancia hacia quienes mantenían opiniones distintas no eran palabras vanas.

Galdós y Pereda a través de sus cartas han legado a la posteridad el fruto de una admirable lección de honestidad intelectual y también el sentimiento puro y noble de cuanto significa amistad.

